

PESTALOZZI, FUNDADOR DE LA ESCUELA POPULAR

POR LUIS DE ZULUETA

Profesor de la Escuela Superior del Magisterio.

De todos los títulos con que suele honrarse la memoria de Pestalozzi, ninguno me parece más merecido, más acertado, que el de fundador de la escuela popular. «En Burgdorf y en Münchenbuchsee, fundador de la escuela popular...», reza, entre otras cosas, la conocida inscripción puesta en 1846 sobre su tumba en lugar del primitivo rosal que antes indicaba silenciosamente, con un perfume de sencillez y de poesía, el paraje en que descansaban los restos mortales del gran educador.

La escuela popular, la escuela pública o nacional ha sido, a mi juicio, la conquista más importante del siglo xix. Se ha dicho que a la pasada centuria no se la debería llamar el siglo del vapor o de la electricidad, sino el siglo de la democracia. Pero la verdadera raíz y, a la vez, el mejor fruto de la democracia ha sido la instrucción para todos, el derecho y el deber de la ilustración, la socialización de la cultura.

Las aristocracias intelectuales de hoy acaso no sean superiores a las de fines del siglo xviii. Mas entre aquel pueblo de las cabañas suizas, que con tan dolorida emoción nos describía el autor de *Leonardo y Gertrudis*; entre la plebe ignorante y famélica, miserablemente explotada con la aparición del industrialismo, en los comienzos del siglo pasado, y el pueblo helvético, el pueblo europeo de nuestro tiempo, con seis, ocho o más años de formación escolar metódica, de preparación para una vida plenamente humana, existe, por fortuna, un abismo.

La escuela popular es, pues, la gran conquista del siglo xix. Y, hasta donde cabe personificar en un solo nombre una tan compleja creación colectiva, ese nombre es, con toda justicia, el de Juan Enrique Pestalozzi.

No lo es, ciertamente, por el mero hecho de que Pestalozzi diera enseñanza dentro de un local a un cierto número de niños pobres. En este vulgar sentido, la escuela popular existía en el mundo entero desde mucho antes de que en el invierno de 1746 viniera al mundo en una oscura casa del viejo Zurich el futuro pedagogo de Iverdon. Escuela popular era ya, en este sentido, la de Burgdorf, con sus sesenta alumnos, antes de que Pestalozzi se encar-

gara de ella. Y, sin embargo, sólo después nacía, a impulsos de su genio, la verdadera escuela popular.

La fundó, en realidad, Pestalozzi porque le dió el espíritu, los principios y los métodos. El espíritu de la escuela popular es el anhelo de redimir al pueblo, en conjunto, en su totalidad, desarrollando la humanidad en cada hombre, sin excepción, y haciendo llegar hasta las masas más humildes todo lo esencial del saber y de la cultura. Quien no quiera esto, quien no sienta esto, quien no lo conciba como un deber primordial de justicia, podrá enseñar a sesenta niños «las desdichadas letras, primer tormento de la juventud», cual lo hacía el antecesor de Pestalozzi, muy a gusto de los aldeanos de Burgdorf, pero no habrá comprendido lo que es la escuela popular.

Así como tiene un espíritu, la escuela popular tiene también sus principios y sus métodos. Figura entre los primeros el respeto a la personalidad del alumno, de cada alumno. Estimular y favorecer el libre desarrollo de las propias energías espirituales de cada alma. No, por cierto, en un ambiente ingenuo de espontaneidad paradisíaca que confunda la libertad interior con el instinto ciego, el capricho momentáneo, o la veleidad infantil, olvidando que veleidades, caprichos y ciegos instintos no nos emancipan, sino que nos esclavizan. Pide, acaso, la escuela una atmósfera moral de firme disciplina, pero de una disciplina tan psicológica que, en ella, las reglas exteriores susciten en las almas juveniles la formación de las normas internas, llegando a esa difícil fusión de natural espontaneidad e íntima ley espiritual, fusión delicada que se llama libertad.

Para ello hay que cultivar en el hombre al hombre entero, no sólo el intelecto, sino, como decía Pestalozzi, la cabeza, el corazón y la mano. Meditación, emoción, acción, dan las tres dimensiones de nuestra vida. «Todas las fuerzas fecundas de la humanidad—escribía Pestalozzi en *La velada de un ermitaño*—no son dones del arte ni del azar. Están con sus fundamentos en lo íntimo de la naturaleza de todos los hombres. Desarrollarlas es una necesidad general de la humanidad...»

Pero en ese desarrollo hay que buscar el equilibrio, la ponderación, la armonía. «Los conocimientos sin las actividades prácticas—añadía en *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*—constituyen el don más funesto que un genio enemigo ha hecho a nuestra época...» La salvación está en la educación armónica de esa unidad interna que forman nuestras «fundamentales energías morales, mentales y físicas»...

En cuanto a los métodos de la escuela popular, recordemos, ante todo, la intuición y el trabajo. La intuición, para Pestalozzi, es una creación interna. El trabajo sería la creación exterior. La intuición pestalozziana no significa receptividad por los sentidos, pasiva observación, muertas lecciones de cosas. Intuir es pensar. Sólo que no es pensar en abstracto, en el vacío, sino pensar mediante la percepción de los objetos, en la percepción de los objetos. La moderna psicología ha venido después a demostrar que, ya en la más elemental percepción, hay en realidad un pensamiento.

En la intuición, no es el alumno como una cámara oscura que refleja los objetos exteriores, sino más bien como una linterna que proyecta sus propias ideas. Mas no podría hacerlo sino frente a la pantalla. La pantalla son los objetos exteriores. Sólo en la intuición, el pensamiento tiene vida. Sólo con el pensar, la intuición adquiere valor. No digamos: «¡Cosas!, ¡cosas!, ¡realidades! ¡Basta de conceptos y de palabras!...» Digamos mejor, con el espíritu de Pestalozzi: «¡Cosas!, ¡cosas reales!... ¡Sí!... ¡A fin de llegar, mediante ellas, a las palabras justas y a los conceptos claros!»

Además de la intuición, el trabajo, el trabajo mental y físico del escolar. Podría decirse, esquemáticamente, que el progreso de la pedagogía ha consistido en pasar del memorismo al intelectualismo; del intelectualismo a la intuición; de la intuición al trabajo activo y personal. Hoy se ha comprendido que en el propio trabajo es cuando el alumno, de una manera real y viva, ejercita la intuición; en la intuición se despierta y forma la inteligencia; en la obra de la inteligencia tiene su lugar adecuado la memoria, reteniendo las cosas una vez comprendidas.

Se ha invertido el orden. La serie histórica ha sido: aprender de memoria, discurrir, observar, hacer. Poco a poco, a lo largo de siglos, la vieja escuela del aprender se ha convertido en la moderna escuela del trabajo. El niño al hacer, observa; al observar, discurre; al discurrir, retiene. La escuela ha de ser taller antes que aula. El orden psicológico es: trabajo, intuición, pensamiento, memoria. Tal es la marcha de la Naturaleza.

Todo eso está ya en Pestalozzi. Hasta una reacción muy moderna, favorable al cultivo de la llamada memoria mecánica tendrían en el propio Pestalozzi sus precedentes. Lo que ya sería más difícil de encontrar en él es el valor que hoy se empieza a atribuir a las cosas que el niño entiende sólo a medias, a las intuiciones vagas—ya sensibles, ya espirituales—, que no deben convertirse en conceptos definidos. No nos limitemos a dar sólo al niño

lo que él sea capaz de comprender plenamente. El niño vive, cual el pez en el agua, en un mundo inexplicable, donde cada palabra, cada obra de las personas mayores encierra para él un misterio que no está llamado a descifrar.

Pero dejemos esto a un lado. Limitémonos a comprobar, en términos generales, que la nueva escuela del trabajo tiene su origen, antes que en Dewey o en Kerschensteiner, en la escuela-albergue que Pestalozzi fundara en la granja de Neuhoof. No fué ella solamente una obra de misericordia, en la que el educador, entre medio centenar de niños desvalidos, se trueca en un mendigo para que los mendigos aprendan a vivir como hombres.

No. Pestalozzi se planteó en toda su profundidad el problema social del moderno industrialismo y el problema pedagógico de la unión entre el trabajo manual y la cultura del espíritu. La explotación agrícola o la maquinaria textil se convirtieron en medios educativos para la formación general de la personalidad humana. La granja de Neuhoof fué una primera escuela del trabajo, a la vez que, por la heroica bondad y la abnegación piadosa de su fundador, resplandece con santos albores de Portal de Belén en la historia de la educación del pueblo.

Por todo esto, porque emprendió la obra; porque vió su hondo sentido y su trascendencia universal; porque le dió el espíritu, los principios y los métodos, puede con verdad afirmarse que es, por antonomasia, Pestalozzi el creador de la escuela popular, de la nacional y pública, conquista la más alta, la más pura, la más fecunda del siglo XIX. Al cumplirse los cien años de la muerte del maestro, la obra está todavía henchida de porvenir... «¡Cuán bien dormiré en mi tumba si consigo unir la naturaleza y el arte en la instrucción del pueblo, tan íntimamente como ahora están violentamente separados!...»

No habría creado Pestalozzi el nuevo tipo de escuela si no hubiera creado también, con su ejemplo mismo, el nuevo tipo de maestro. «¡Quiero llegar a ser maestro de escuela!...» Veamos, por un momento, cómo entendió el profesorado ese hombre que, ya maduro, ya con una cultura universitaria, ya famoso en su patria y en Europa, aspiraba, como cosa difícil, a llegar a ser maestro de escuela primaria.

Para ello, reunió en su persona, por manera admirable, estos tres elevados caracteres: fué un filósofo, fué un filántropo, fué un profesional de la pedagogía. Vino a la especialización profesional, descendió hasta los últimos detalles prácticos de la labor profesional, precisamente porque antes se habían formado en él una men-

te de pensador y un corazón de apóstol. Mas con estas dos excelentes cualidades, el autor de la novela *Leonardo y Gertrudis* y de *Mis investigaciones sobre la marcha de la Naturaleza en el desenvolvimiento de la Humanidad* no habría pasado de ser un publicista estimable si, luego, una labor profesional, que duró hasta el fin de su vida octogenaria, no hubiese concretado y encauzado sus vagos anhelos reformadores convirtiéndole, a la vez que en un maestro de escuela, en la figura más completa de toda la historia de la pedagogía.

En primer término, Pestalozzi fué un filósofo. No hace falta ya rectificar la falsa interpretación de un Pestalozzi tan lleno de ternura y de amor como escaso de luces intelectuales. Es el propio autor de *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos* el que, con sus humildes y exaltadas confidencias, ha facilitado esa interpretación equivocada, como fué el mismo Rousseau quien, con sus desnudas *Confesiones*, ofreció el arsenal que aun no han acabado de agotar sus enemigos.

«Realmente—dice Pestalozzi en su primera carta a Gessner—yo no sabía (a los cincuenta años) escribir correctamente, ni leer, ni contar.» Si esta declaración, tomada al pie de la letra, no fuera absurda en uno de los más célebres escritores de su tiempo, bastaría recordar simplemente sus estudios oficiales, secundarios y superiores, de latín y griego, matemáticas o filosofía, cursados en el «Collegium humanitatis» y el «Collegium Carolinum» de su ciudad natal. No. El autor de *Mis investigaciones*, libro de elevada filosofía política, era un pensador notable; confuso a veces; genial, otras; estimado y admirado por los demás pensadores de la época, un Humboldt, un Herder, un Wieland...

Verdad es que, como él mismo explicaba, su alma vivió siempre envuelta en «una cierta penumbra», esclarecida, a veces, cual por relámpagos de inspiración, por algunas «intuiciones inmensas...» Quizás por esto dijo de él Fichte: «La idea, el pensamiento de Pestalozzi es infinitamente más e infinitamente mayor que Pestalozzi mismo, como ocurre siempre con toda idea verdaderamente genial en relación con su aparente creador. No fué él quien pensó la idea, quien la hizo, sino que la pensó en él la eterna Razón, y es luego la idea la que va haciendo al hombre...»

A la vez que un filósofo, hay en Pestalozzi un filántropo, un apóstol, un santo, un bienhechor de la Humanidad. En esto no hace falta insistir, porque es de todos conocido. «Y en medio de las burlas de los hombres que me despreciaban; en medio de sus recias voces que me decían: «¡Miserable! Tú, que para bastarte a

ti mismo, te hallas en peor situación que el último jornalero, ¿te figuras que puedes socorrer al pueblo?»...; en medio de este apóstrofe desdeñoso que leía en todos los labios, el ímpetu de mi corazón aspiraba a un solo y único fin: cegar las fuentes de la miseria en que, a mi alrededor, veía al pueblo sumergido...»

Para lograrlo, el filósofo, el filántropo junta a estas dos condiciones una tercera: se hace pedagogo, profesional de la educación. Y es entonces el maestro que, infatigablemente, ensalzando o combatiendo, con medios o sin ellos, en la holgura o en la miseria, sano o enfermo, abriendo una escuela cuando se le cerraba otra, concentra la salvación del pueblo en la enseñanza de un grupo de niños y busca en la enseñanza de esos niños el camino para la salvación de todo un pueblo; contrastando las teorías con la práctica cotidiana y mejorando cada día la práctica con la inspiración de las teorías...

Así nació la escuela popular. Fruto de una asidua labor profesional, engrandecida por la filosofía y circundada de una aureola de santidad. Sin estas tres notas, la tarea escolar valdría poco. No es necesario, claro está, que cada maestro sea un gran pedagogo, un filósofo y un apóstol. Pero si no tiene un poco siquiera de cada una de estas tres cualidades, si no posee, en cierta medida, una seria preparación profesional, una tendencia a meditar sobre los problemas generales y un sincero entusiasmo por el bien público y el progreso moral de su patria y de la sociedad entera, enseñará mejor o peor las primeras letras, pero no será nunca un verdadero maestro.

Próximo a morir Pestalozzi, en la fecha cuyo centenario conmemoramos ahora, sus últimas palabras fueron dignas del educador, del filósofo y del santo. «Hubiera querido vivir todavía unas semanas para terminar mis postreros trabajos, pero doy las gracias a la Providencia que me saca de esta vida terrenal...» «Perdono a mis enemigos y les deseo la paz, ahora que entro yo en la paz eterna...» «A mis amigos les pido que no me olviden y que empleen sus energías mejores en continuar, después de mi muerte, los fines a que consagré mi vida...»

Recojamos nosotros todos, amigos de Pestalozzi, ese testamento espiritual, al cumplirse ahora el centenario de su muerte. Dedicuemos generosamente nuestras mejores energías a proseguir la obra que llenó la existencia, doliente y gloriosa, del fundador de la escuela popular.